

como un mar de cabezas. Al ver a la doncella, Ben-Gioras se sintió presa de violenta emoción. Vaciló un momento antes de reconocerla, porque hacía dos años la había visto en el camino del Cedrón con la túnica finísima de las nobles hebreas y rebosante de salud, mientras que ahora la encontraba demacrada y humildemente vestida. Ante esos signos de pobreza, que no amenguaban el encanto de su pura y dulce belleza, sintió por ella una tierna compasión! Con qué avidez miraron sus ojos aquel rostro perfecto cuya imagen había llevado en el fondo del alma durante sus últimos viajes! En ese momento Elisabeth lo reconoció, manifestando su emoción por el relámpago de sus ojos, el temblor de sus manos y la súbita palidez de sus mejillas. Ben-Gioras avanzó atropellando la multitud sin hacer caso de las protestas, hasta acercarse a ella y osadamente le preguntó:

—¿Me reconoces, dulce niña?

—¿Qué queréis? — exclamó ella retrocediendo con sobresalto.

—¿Es que no me recuerdas? — prosiguió él, — soy el hombre a quien socorriste en el camino del Cedrón, hace dos años.

—Sí, sí; os reconozco; pero dejadme; no debo hablaros; la gente nos mira,—balbuceó ella palideciendo ante aquel joven radiante, fresco y fuerte que la perseguía.

—Yo no te he olvidado, — agregó él. — dime, divina criatura, ¿por qué huyes de mí? Yo te amo, yo soy poderoso, quiero que seas mi esposa.

—¡Oh, no me hables así!

—¿Por qué? ¿Es que estás casada?

—No.

—¿Dónde vives?

Ella no contestó:

—¿Por qué no respondes?, — interrogó él, impaciente. — Es necesario que yo te hable. Es preciso que tú sepas que eres el único ser que he amado en mi vida. ¿Me amas tú?

Ella, sin hablar, lo rechazaba con las manos, trémula, jadeante, cerrando los ojos para no ver la juvenil belleza del bandido, cuyo aliento la enloquecía. Pero a pesar de sus esfuerzos, la ola humana la empujaba hacia él, hasta el punto de sentir en su rostro el cálido aliento del aventurero.

—¿Por qué huyes? — preguntaba él con ansiedad. — ¿Me odias?

—No, no, — balbuceó Elisabeth — es que no puedo.

—¿No puedes amarme? ¿tu corazón se niega?

—No es eso. Mi corazón te ama; pero no debo escucharte.

—¿Por qué?

—La posición social nos separa.

—Yo te levantaré hasta mí; soy poderoso.

—Es que hay otro motivo más grave.

—¿Cuál es? ¡Dímelo!

Pero la joven enmudeció, porque tenía vergüenza de confesar que era hija del sacerdote acusado por ladrón. El tampoco insistió porque la emoción lo absorbía. Instintivamente sus cuatro manos se habían juntado y se miraban en el fondo de las pupilas. Un deliquio dulcísimo, una languidez inexplicable invadía a la doncella disponiéndola a hablar, cuando de súbito se produjo un movimiento en la concurrencia y ella aprovechó ese instante para escabullirse entre el oleaje humano. En vano se lanzó el joven en su persecución. No volvió a verla.

—¡Ah! — exclamó. — Ahora no se me escapa. Ya sé que ella me ama. Tiene que ser mía. Yo soy jefe de las guardias. Todo lo puedo. Soy el favorito del rey y el juicio más rico. Volcaré en sus manos mi pedrería. La buscaré. La amo más, mil veces más que a Berenice, Mataré a Cipro para que no me la envenene.

Absorto en su preocupación amorosa el joven no se daba cuenta de que la ceremonia estaba terminando. Al advertirlo, se dirigió apresuradamente hacia el sitial del rey y se sorprendió de no encontrar a Cipro.

—¿Dónde está la reina?

—Se ha descompuesto — le contestó al oído Agripa, — está en los aposentos interiores de los sacerdotes. Ve a atenderla y cuando esté repuesta, conúcuela al palacio en una litera cerrada.

Diciendo esas palabras se retiró lentamente el rey, dejando arrastrar su larga túnica que parecía un torrente de púrpura. Ben-Gioras encontró a Cipro sentada sobre un taburete, en el locutorio de los sanedrinas, que era una sala elíptica, en cuyas paredes, tapizadas de paño azul, estaban escritos, versículos de la Biblia en doradas letras hebráicas. La reina adúltera y homicida estaba leyendo estas sentencias. "Dios abomina la mano que derrama sangre inocente". "El Señor hará llover sobre el pecador fuego y azufre: *pluet super peccatores ignis et sulphur*". "Los torrentes de la injusticia turbaron mi corazón: *torrentes iniquitates turbaverunt me*". Arriba, en el tapiz del techo estaba escrita la terrible escena del festín de Baltasar. La reina, trémula de espanto, leyó: "*Mane, Thecel, Phares*"; esto es: Dios ha contado la duración de tu reino y ha dicho: basta. Habéis sido colocado en la balanza y no tenias peso. Tu reino ha sido dividido y dado a los enemigos³². Y Cipro evocaba la aparición silenciosa de aquellos dedos sin brazo, escri-

biendo esas amenazadoras palabras en la muralla durante el delirio de una orgía y vió en ellas el símbolo de la voz del remordimiento con que Dios habla a los pecadores para recordarles su infalible justicia en medio de sus locas alegrías. Si; a ella también la turbaba el recuerdo de sus iniquidades, numerosas como un torrente, espantoso raudal de lujurias, de excesos, de crímenes, que había dejado en su alma el sabor acre y corrosivo del remordimiento. En esa situación de ánimo sintió que la tocaban del brazo y se encontró con Ben-Gioras.

—Apártate, demonio tentador — le gritó ella con voz ronca.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás loca? — preguntó sorprendido el aventurero.

—Si; loca he estado por ti. ¡Ah! Tú tienes la culpa de lo que soy. Mira mis manos. ¡Están rojas de sangre!

—¿Qué dices? ¡Ah! ¿Entonces... tú fuiste... Berenice fué?... — interrogó el joven vacilando en pronunciar la horrible frase del crimen que bajo aquellas sagradas bóvedas hubiera parecido un sacrilegio.

—Si; yo fuí quien la envenené — murmuró la vieja.

Ben-Gioras vió en aquella revelación un cínico alarde de venganza, y sintió un odio violento contra la pegajosa y casquivana vieja que le había quitado a Berenice, impidiéndole emparentarse con la aristocracia judía y estorbándole así su ascensión al trono. Hubiera querido estar en otro lugar para abofetearla y arrojarle los más duros reproches; pero temió el escándalo. Por eso, le dió orden a un subalterno para que la condujera al palacio real y se alejó de ella sin despedirse.

CAPITULO XLV

Elisabeth se había retirado del templo y dirigido a la solitaria casa de sus primas, que vivían cerca del bosque de los Olivos. Iba evocando la escena reciente en que se vió amada y perseguida por el hermoso jefe de las guardias reales. Esa alta jerarquía, que había reconocido en él, le quitaba a la doncella toda esperanza de llegar a ser su esposa, pues abría un abismo entre los dos. Veíase sin honra, pues la infamia de su padre la salpicaba haciéndola indigna de ser

solicitada en matrimonio. Esos tristes pensamientos la enervaron tanto que se vió obligada a sentarse en medio del camino amarillento, sin que la distrajeran los rebafios errantes, ni el aspecto risueño de la floresta que se ponía entonces su túnica nueva de primavera. Reclinada sobre el pretíl de una cisterna, a la sombra de una higuera, largo rato estuvo escondiendo entre sus manos su gentil cabeza de rubias guedejas, que oscilaban al soplo de la brisa. De pronto llegó a sus oídos un canto dulcísimo, de júbilo y de esperanza. Eran los cristianos que iban a reunirse en casa de Nicodemus a fin de preparar el viaje de Saulo, Juan y Bernabé, que partirían próximamente en viaje apostólico para Grecia. Aídee, que venía rezagada detrás del jubilos tropel, encontró a Elisabeth, medio oculta por la cisterna, y como notara su melancolía, se acercó a consolarla. Como la hija de Rubrio tenía una conversación llena de encanto, se conquistó rápidamente la confianza de Elisabeth y tuvo con ella una larga plática; aunque, por ese acto de caridad, faltó a la cita de los cristianos. La hija de Caifás, desencogió el pliegue de su rostro y su alma, ávida de consuelo, refirió a su confidente el doloroso drama de su vida y la prisión de su padre. Aídee, adiestrada por el Profeta y por Saulo en el arte de aconsejar, de alentar, de socorrer y de llorar con los que lloran, acompañó a la nieta de Anás hasta la casa de sus primas, dejándola muy bien impresionada y prometiéndole visitarla al día siguiente en el interior del bosque. Cuando las dos nuevas amigas se separaron, el sol iniciaba su descendimiento entre flecos de nubes, y caía la paz de la tarde sobre la vieja ciudad de los Patriarcas.

CAPITULO XLIV

Al mes del coronamiento de Agripa, Ben-Gioras había organizado las guardias. El rey estaba más que nunca satisfecho de él y seguía todos sus consejos, mediante los cuales se conquistaba el aprecio del Sacerdín y normalizaba las finanzas y servicios públicos. El tahir, libertino, ebrio y sibarita Agripa, comenzaba a gobernar con prudencia, antes de entregarse a las orgías que lo enloquecieron después hasta exigir honores de odios. Todavía no celebraba aquellos

banquetes, que fomentaban sus extravagantes lujurias, aprendidas en la infecta corte de los Césares, donde sabios cocineros, con arte diabólica, preparaban viandas lascivas, hechas de picantes especias, y carne de venado. Cipro, deprimida por el espanto y enferma de remordimiento, vivía escondida en el palacio, en una especie de marasmo, dejando en libertad a su esposo y a Ben-Gioras, quienes, por tácito acuerdo nunca hablaban de ella, esperando que la tristeza la consumiera en pocos días. La noticia del arribo y coronación de Agripa llegó a oídos de Caifás, que languidecía en la prisión. Como las almas de los justos que en el limbo esperaban el advenimiento del Mesías, así el infeliz sacerdote, había sido sostenido en sus amarguras por la esperanza de la ascensión de Agripa al trono de Israel. Y aunque el pueblo hebreo es el que más ha esperado, — ya que su historia se resume en la esperanza secular de la llegada del Mesías, — sin embargo ningún judío esperó con tanta ansiedad como Caifás. Durante los seis meses que llevaba preso en su palacio, su vida, su preocupación única, su obsesión ardiente fué la esperanza en la llegada y coronación de Agripa. Al fin iban a ser rotas sus cadenas, pues creía que el rey tenía en su poder las joyas robadas. Todavía después de haber llegado Agripa aun esperó un mes más que él lo visitara; pero como no se realizara ese acto resolvió escribirle solicitando su presencia. El rey ya tenía noticia de su situación y de la causa de su desgracia, creyendo, como todos los demás, que Caifás había robado las joyas. Aunque había cultivado algunas relaciones políticas con el Gran Sacerdote, ya lo tenía completamente olvidado desde que supo su destitución ordenada por Vitelio. La amistad íntima entre Agripa y Caifás existía solamente en la imaginación de este último, a causa de las cartas falsas escritas por Ben-Gioras. Así, pues, con el corazón radiante de júbilo, recibió Caifás la visita del rey. ¡Qué momento aquel! ¡Qué explosión de alivio en su alma consumida por el deseo! Ahora iba a recibir su premio por haber secuestrado las joyas, obedeciendo a Agripa y por haber guardado silencio después de sospechar que el mismo rey las tenía.

—¡Salud, oh, Caifás! — dijo Agripa entrando a la tenebrosa celda del preso. — ¿Qué me quieres?

—Pedirte las joyas para devolverlas al templo y ser absuelto de mi injusta condena, — contestó resueltamente el preso.

—No te entiendo — dijo el rey trocando la sonrisa perenne de sus finos labios en

una mueca de asombro; que era sincera, porque ignoraba la trama urdida por Ben-Gioras para robar las joyas.

Caifás supuso entonces que detrás del rey había alguien oculto ante quien no convenía hablar del asunto.

—Perdonad — dijo en voz baja — creí que nadie nos oía.

—Nadie nos oye, habla — dijo el rey con impaciencia.

—Tú ya debes saber que estoy preso porque Vitelio advirtió la desaparición de las joyas.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¿Cómo? — exclamó estupefacto Caifás. — ¿Te niegas a devolverlas?

—¿A devolverlas yo? — dijo el rey con asombro. — ¿Y por qué debo devolverlas? — Porque tú las tienes.

El rey dió un salto como si le hubieran asestado una puñalada y sus ojos despidieron un rojizo fulgor de acero. Hizo un esfuerzo para contener su cólera y dijo en voz baja:

—Es curioso eso. A ver. Explicáte. ¿Qué joyas son esas?

Caifás pensó entonces que el rey estaba bromeando y contestó más tranquilo:

—Son las que yo saqué del templo por orden tuya y que tú te llevaste de mi palacio.

—¿Y para qué necesitaba yo esas joyas? — preguntó Agripa enarcando las cejas con la actitud desconfiada del que se siente en peligro.

—Supongo — dijo Caifás — que las llevaste para evitar que las robaran de mi palacio, a donde me ordenaste llevarlas.

—¡Basta! ¡viejo insolente! — gritó Agripa irguiéndose amenazador. — ¿Qué significa esa farsa?

Ya fuera por su penosa estupefacción o porque creyera prudente callarse, Caifás no contestó. Comprendió que estaba perdido y que había sido víctima de un abominable engaño. Sin duda el rey, no pudiendo recuperar las joyas, le negaba su complicidad en el secuestro. ¡De ese modo lo recompensaba Agripa, que a él solo le debía la corona! Mientras así pensaba el Pontífice, el rey, por su parte, sospechaba que Caifás representaba una comedia para hacerle daño. ¿Qué pretendía el Pontífice depuesto con aquella insolencia? ¿Estaba de acuerdo con el Sanedrín o era un asunto privado? ¿Pero era posible fingir hasta ese extremo? Y mientras se hacía esas preguntas, el rey observaba los rasgos alterados del preso, que revelaban la más profunda agonía interior. Los dos magnates se miraban silenciosos,

hoscas, asombrados, atribuyéndose mutuamente el complot que Ben-Gioras había urdido y realizado. Para salir de sus perplejidades fingió el rey dulzura en sus palabras y preguntó:

—¿Dices que sacaste las joyas del templo?

Caifás no contestó.

—Habla — repitió el rey, — esto no puede quedar así; yo debo saber la causa de tus insultantes palabras.

—Señor, — exclamó Caifás con gesto desesperado — si tú niegas, yo nada tengo que decir, sino que una espantosa desgracia ha caído sobre mí.

—No importa; pueda ser que nos entendamos. Tú dices que yo te aconsejé sacar las joyas.

—¡Sí; lo juro por Abraham! — gritó con exaltación el preso.

—¿Dónde y cuándo te lo aconsejé?

—Me lo mandaste decir con un mensajero tuyo.

—¿Cómo se llama?

—No sé; no dijo su nombre.

—¿Cómo era?

—Joven, hermoso, con ojos negros.

—¿Si será Ben-Gioras? — se dijo mentalmente el rey. — Quizá no mienta este pobre viejo. Ben-Gioras debe haber hecho un gran robo, porque dispone de mucho dinero. Luego preguntó el rey en voz alta:

—Pero tú, ¿qué pruebas tenías de que ese era enviado mío?

—Me presentó una carta tuya en que reconocí tu letra.

—¿Puedes mostrármela?

—Aquí está.

Agripa leyó con sorpresa el pergamino que dos años antes había firmado en la cárcel de Antioquía y que dió a Efraim para que fuera a llevarlo a Cipro. Sólo entonces advirtió que ese documento no le había sido devuelto. Inmediatamente comprendió la trama de Ben-Gioras, que había robado las joyas incitando a Caifás a sacárselas del templo. "Este viejo es inocente — pensó; — pero, ¿qué puedo hacer yo? Solamente callar. Yo no puedo revelar que conozco al ladrón sacrilego de cuyo robo me he aprovechado para comprar la corona. Quedaría desacreditado y me desterrarían. Bien imbécil sería yo si fuera justo. Me conviene condenar a Caifás aunque lo reconozca inocente". Después de hacer esas reflexiones le arrebató bruscamente la carta al preso y fingiendo una violenta indignación, le dijo:

—¡Mientes, sacrilego! ¡Comprendo tu juego; pero no evitarás el castigo!

El E-Pontífice se llevó las manos a la cabeza y luego la inclinó sobre sus rodillas, herido por el naufragio de todas sus esperanzas.

CAPITULO XLV

Después de una noche turbada por fiebres pesadillas el ex-Pontífice recibió al día siguiente a Elisabeth, que, viéndolo tan prostrado, le prodigó sus amorosos cuidados. Nada le dijo él del cruel desengaño que acababa de sufrir para no contristarla. Después de un silencio triste, el gran sacerdote, extenuado por sus tribulaciones, se quedó dormido. Su hija, para no despertarlo, se levantó con el mayor sigilo y fué a reposar escondida detrás de un biombo etrusco que ocultaba el tosco lecho en que dormía su padre. Mientras aquellos dos infortunados buscaban en el sueño un fugaz olvido a sus congojas, Ben-Gioras, en el palacio del rey, se disponía a visitar a Caifás. Y a pesar de que la idea de la venganza ocupaba su mente, no dejaba por eso de pensar en Elisabeth.

"Cuán bella estaba — se decía poniéndose su túnica elástica, de una sola pieza, que tan graciosamente dibujaba su perfecta y maciza musculatura, — tan graciosa estaba cuando me dió a beber vino como en el camino del Cedrón. ¿Por qué me ocultó su nombre? Yo, que todo lo descubro, no he podido encontrar aun su domicilio. ¡Ah! si yo fuera rey, ella podría ser la reina.

Así pensó largo rato el joven, mientras se vestía. Luego, dió un suspiro de deseo y se puso en camino con dirección al Palacio en que estaba Caifás; pero de paso, según su costumbre de esos días, entró al templo para contemplar y tocar el sitio en que había hablado con Elisabeth. Le parecía sentir algo de ella en aquellas altísimas columnas. Y abrasándolas se preguntaba:

—¿Es posible que ella haya estado aquí? Sólo de ella se ocupó en aquel lugar terrible, sin mirar siquiera la cúpula inmensa que se alzaba sobre el altar de los perfumes, ni el gran candelabro de setenta brazos y siete haces de luces que perpetuamente brillaban como una plegaria eterna, silenciosa y ardiente. Todavía, cuando salió de allí el aventurero siguió pensando en Elisabeth, diciéndose, que por ella, aun sería

capaz de ser bueno, pues dentro de pocos minutos la obra de su venganza iba a ser consumada. Sin dificultad le fueron abiertas las puertas de la prisión, donde encontró al Gran Sacerdote.

—¿Qué hay? ¿Quién eres? — preguntó éste despertándose bruscamente y mirando con sorpresa al visitante.

Como éste no tenía la barba postiza con que se había presentado al Pontífice hacía dos años en nombre de Agripa, él no lo reconoció.

—Sería inútil decirte mi nombre, porque no lo conoces — dijo sonriendo el aventurero y acariciándolo con su mirada.

—Bien; ¿y qué quieres? — preguntó con displacencia el sacerdote.

—Hablar sobre tu desgracia y tener el placer de descubrirte el secreto de tu ruina.

Frunció las cejas Caifás y sus ojos escrutaron el bello semblante del bandido.

—No es un secreto para mí — contestó.

—Si — afirmó el joven; — tú crees que Agripa te aconsejó sacar las joyas del templo y que él las tiene; pero te equivocas.

—¡Ah! ¿Tú sabes eso? Entonces vienes enviado por él — dijo Caifás comenzando a desconfiar de su visitante.

—También te equivocas. Tus desgracias sin duda te hacen perder el juicio.

—No quiero saber nada de ti — exclamó Caifás que temía una emboscada de Agripa en aquel extraño sujeto, tan enterado de sus asuntos. El joven clavó en él su mirada aguda y fría como un dardo y dijo:

—Aunque no quieras tendrás que oírme. Ha llegado la hora de que conozcas a tu enemigo. Es verdad que recibiste una carta con la firma de Agripa, pero no iba dirigida a ti, sino a Cipro, para que ella lo sacara de la cárcel. Un cómplice mío la dictó de manera que sirviera para mis planes.

Sorprendido, no supo el preso que actitud tomar ante tan imprevista afirmación. Y súbitamente concibió la idea de que podía haber sido víctima de un engaño, sin la intervención de Agripa, según lo insinuaba aquel extraño visitante. La curiosidad le dió fuerzas para preguntar:

—¿Y cuáles eran tus planes?

—Castigarte con la ruina y la deshonra.

Si Caifás no hubiera tenido la sensibilidad embotada en aquel instante por sus tremendas sacudidas anteriores, habría dado un salto nervioso al escuchar aquella terrible declaración, tan serenamente formulada; pero en su estado de prostración, no advertía la sinceridad de su interlocutor, a quien suponía representando un papel, por encargo de Agripa, interesado, sin duda, en

persuadirlo, por ese medio, de que era ajeno al secuestro de las joyas. Se limitó, por eso, a exclamar:

—¡Tú!

—Si; — afirmó enfáticamente Ben-Gioras, — yo fui quien envió al negro Quema para que te sirviera de criado, a fin de que pudiera dar un veneno a tu suegro, que lo hiciera paralítico, y al mismo tiempo para que observara donde escondías tú las joyas; yo te induje a sacarlas del templo presentándome a ti como enviado de Agripa, con esa carta; yo fui quien sustrajo las joyas de tus armarios y quien disfruta de ellas.

Los datos que daba el joven eran tan concordantes con los hechos en aquella oculta historia del secuestro de las joyas que Caifás no pudo ya abrigar duda sobre la veracidad de sus afirmaciones.

—¡Oh! — exclamó el infeliz recluso, viendo claro en aquel siniestro misterio, mientras palidecían hasta la lividez cada- vérica sus enjutas mejillas.

—Si; — continuó serenamente el joven, — yo soborné a Artemio para que te tranquilizara después del robo. Mirame — dijo poniéndose una barba postiza, — con este disfraz me presenté a ti simulando ser un enviado de Agripa; ¿recuerdas?

A medida que hablaba el bandido, la faz del sacerdote se alteraba aun más, expresando el temor, el asombro y la desesperación. La terrible revelación de la causa de su desgracia lo dejaba helado y tan abatido que ni siquiera sintió un ímpetu de cólera, como habría sido natural, dado su temperamento bilioso. Entre tanto, al lado de él, otra persona, sufría una semejanza o peor agonía. Elisabeth, que poco antes se había puesto a reposar, detrás de la cortina que ocultaba la cama del Sacerdote, había reconocido la voz de Ben-Gioras y se había quedado inmóvil y oculta cuando éste entró a la prisión. Cada frase que ella oía se clavaba con tan dolorosa crueldad en la sensibilidad de su alma que la dejaba en la impotencia de gritar. La infeliz se estremecía en silencio conociendo el secreto de los temores de sus parientes, la misteriosa muerte de Anás y las angustias mortales de su padre. Hubiera preferido ignorarlo todo, sin tener que reconocer en el hombre que amaba el verdugo de su familia; ¡Ah, si hubiera podido morir en aquel espasmo de dolor supremo! Pero no, su destino era apurar todo el cáliz del sufrimiento, porque era víctima de expiación por las faltas de sus padres. Siguió, pues, escuchando, bañada en sudor, convulsas las manos mordiéndose los labios para impedir

que salieran sus interjecciones de espanto. Reuniendo toda su energía, Caifás preguntó con voz opaca:

—¿Y no pudiste robar las joyas sin comprometerme?

—No quise — dijo tranquilamente el joven, — porque tu deshonra y tu ruina me interesaban más que las joyas. Lo que más deseaba es que tú y tu suegro fueran injustamente castigados.

—¿Y por qué hacías eso? — gimió Caifás, que se iba poniendo espantoso con el temblor de sus miembros y la fiebre de sus pupilas.

—Para vengarme. Tú y tu suegro son los hombres que me han hecho más daño, los que me dejaron sin apoyo, los que infamaron mi vida. ¡Ah! por eso gozo ahora viéndote abatido, deshonrado, aniquilado.

—Pero si yo no te conozco. No sé qué daño he podido hacerte.

—Hace seis años, en el Gólgota, hiciste morir a tres ajusticiados; pues bien...

—¡Oh! ¡Comprendo! ¡Calla! — gritó Caifás con el espanto en los ojos, crizado el pelo, y lívido el rostro.

Creyó que Ben-Gioras le iba a hablar del Nazareno, sobre cuya divinidad comenzaba a tener dudas desde hacía algún tiempo. Sintió desorganizarse su máquina cerebral. Le pareció estar en presencia de un ángel venido del cielo para castigarlo. Cerró los ojos, apretó los dientes y de súbito estalló en una estentórea carcajada. Estaba loco. En ese momento, como si fuera un eco de ese trágico ruido, resonó otro grito detrás de la cortina. Elisabeth, que había oído todo aquel diálogo, había dado un grito al caer desmayada. Ben-Gioras, levantó la cortina y reconoció a la única persona a quien su rencoroso corazón había podido amar. Luego salió como loco, llamó al carcelero y le preguntó:

—¿Quién es esa joven?

—Es la hija de Caifás — contestó el empleado.

Ben-Gioras, ordenó al centinela que llevara a la joven a una pieza inmediata para que fuera atendida. Mientras unos soldados le rociaban el rostro, el aventurero la contemplaba lleno de enternecimiento y de estupor. Allí vivió la hora más amarga de su vida. Sobre aquel lecho estaba el único ser que él amaba, quizá moribundo y él era quien la había matado. El terrible vengador se arrodilló junto al lecho sin saber por qué, con la muerte en el alma, pues presentía que cuando ella despertara él le causaría horror. En efecto, la infortunada niña abrió pronto los ojos. Al reconocer al joven se iluminó su rostro con una inefable expresión de placentero asombro, pero

de súbito se contrajeron sus cejas, palidecieron sus mejillas. Acababa de recordar la última escena y sólo vió en aquel hombre al implacable destructor de su familia. Irguióse en el lecho y con acento irritado, dijo:

—¿Qué quieres aquí?

Ben-Gioras la contempló sin responder. Quería excusarse, pero las palabras morían incoherentes y sordas en sus labios. Todo lo que el amor infortunado y el dolor sin esperanzas pueden poner de acabar en un corazón, se reflejaba en su mirada.

—Perdón — imploró — nunca creí yo...

Pero ella no le permitió terminar. Incorporóse y señalándole la puerta, con actitud severa, exclamó:

—No quiero oírte; nada tenemos que decirnos, vete.

Y era sincera. Ella no quería ninguna relación con aquel hombre. Mirarlo solamente le parecía una complicidad culpable, una traición a sus deberes de hija. Su obligación era eludir su presencia, huir de aquél a quien tanto había amado, a quien amaba todavía y a quien tenía que odiar. Como sugestionado, el indomable bandido, el hipnotizador de los débiles, el que se imponía a todos por el ascendiente psíquico de su voluntad de acero, se levantó en silencio y abandonó la estancia. Ella lo vió partir inmóvil y fría como una estatua. Solamente el brillo de sus ojos demostraba la terrible sacudida de su ser. Luego, como si la emoción le hubiera devuelto la energía febril, púsose el velo y se dirigió a la prisión donde suponía que se hallaba su padre; pero allí le dijeron que Caifás ya no podía ser visitado por nadie, pues a causa de su furiosa locura, había sido conducido a otra celda inaccesible. La desventurada doncella se dirigió a casa de sus primas. La obligación de atender a su padre, que hasta entonces la había sostenido dándole un estímulo para la vida, le faltaba entonces. En vano sus primas le prodigaron consuelos. No hay bálsamo para una alma sensible y recta que se ha convencido de que su padre es juez inicuo y de que el hombre a quien ama ha causado la ruina de su familia. Salió por eso en busca de aire y de soledad por el bosque de los Olivos, cerca de los barrancos. Cuando estuvo en ese sitio de la amargura, donde el Profeta Celestial había sudado sangre, por la congoja, Elisabeth sintió un violento apetito de muerte, y aunque había sido instruida en la ley de Moisés, que prohíbe el suicidio, deseó hallar en la paz del sepulcro un término para aquella desesperación sin ejemplo en que se anegaba su alma. ¡Era tan sencillo

acabar con su miserable vida en aquellos profundos barrancos que rodeaban su casa y en los que tantos desesperados buscaron el eterno sueño! ¡Oh, no volver a ver el amado y a la vez execrado rostro del hermoso militar, a quien en el camino del Cedrón ayudó ella misma a conducir las joyas por cuyo robo era inculpado su padre! ¡No sentir más sobre ella las miradas de las gentes, que la señalaban como la hija de una familia degradada, sacrilega y maldita! Cierto que era una falta el suicidio, ¿pero acaso había ella cometido culpas que merecieran su desdicha? La vida se le aparecía tan injusta, tan vil, tan oscura, tan absurda, que se enturbiaba la visión de la Providencia y se empañaba su conciencia del bien y del mal. Sin saber porqué veíase siendo objeto de los más crueles ultrajes de la fortuna y su voluntad sucumbía bajo el peso de tantos y tan rudos golpes. Su abuelo Anás, egoísta y cruel, la había mortificado tanto en su solitaria infancia que su recuerdo le causaba horror; su padre, Caifás, indiferente y extraño con sus sombríos remordimientos y sus misteriosos desastres le había amargado la existencia, y aquel aventurero a quien ella había tan intensamente amado, se le aparecía de pronto como un enemigo, feroz de su estirpe! Pensando así, la infeliz doncella se había acercado al margen del barranco y con ojos ávidos y febriles media su profundidad, sintiendo la fascinación del abismo redentor y esa falsa sensación de una voluptuosa languidez en la muerte que, equivocadamente, esperan hallar los desesperados. La misma paz del bosque la invitaba al eterno reposo. Los viejos cedros parecían dormir en una calma profunda. La atmósfera templada y limpia no era turbada por el menor sople de viento. Sólo la voz de un mirlo con su endecha de amor, rompía el silencio de aquella dorada tarde de primavera.

—¡Ah! si me atreviera... — se dijo la joven inclinándose sobre el abismo.

—¿A qué? — le preguntó una voz fresca al mismo tiempo que sentía una mano posarse suavemente en su espalda. Volvió la cabeza y vió el rostro sereno y gracioso de Aidee.

—¿Qué quieres? — preguntó mal humorada la hija de Caifás.

—Salvarte. Ven conmigo.

Levantóse la joven y la siguió con esa docilidad de enfermo que tienen los seres quebrantados por el dolor.

—¿Deseabas matarte? — preguntó Aidee.

Elisabeth, por toda respuesta, estalló en sollozos.

—¿Quién te ha dado derecho para quitarte la vida? — le preguntó la cristiana sin dejar de besarla.

—¡Es que soy tan infeliz!

—¿Y crees que sólo se viene al mundo para gozar?

—Yo no he sido malvada, para que sufra tanto.

—¿Qué extraño pensamiento! ¿Acaso el dolor en este mundo es privilegio de los malvados? ¡Al contrario! Si son las almas mejores las que más sufren, porque el dolor se nos da para purificar la vida. ¿Era acaso Job un perverso?

—No.

—Y sin embargo, es el rey del sufrimiento antes que apareciera Cristo, el Profeta de Nazareth. Y Job sufrió resignado porque sabía que Dios tortura a los que ama; porque el dolor de los inocentes redime a otros culpables. Quizá tus padres han cometido faltas.

—Anás y Caifás han sido culpables.

—Pues bien, por eso sufres tú. Yo también y todos los cristianos seremos crucificados para cooperar a la redención del mundo. Pero eso es un honor y un privilegio de los predestinados.

—No sé quien es ese Profeta de Nazareth, ni esos cristianos.

—Ven conmigo y lo sabrás.

Hablando así las dos amigas se dirigieron a la casa de los cristianos, donde encontraron a Saulo predicando. Luego este apóstol, en un diálogo secreto arrojó el bálsamo de su palabra en el alma atormentada de Elisabeth. Después de eso ella se quedó a vivir en casa de Rubrio, y fué iniciada en la doctrina evangélica, que consoló su espíritu orientándolo hacia la vida. Cuando conoció la belleza celestial del Profeta, se eclipsó ante sus ojos la gallardía animal de Ben-Gioras, que le hizo perder el sentido sobrenatural de la existencia. Bautizada pocos días después, acompañó a Saulo en su expedición a Grecia. Ben-Gioras, después de su entrevista con Elisabeth, se dirigió al palacio real de Agripa, con el alma ausente en que se vive automáticamente, después de las grandes conmociones. Por primera vez, su robusta naturaleza se sentía quebrantada por el exceso de dolorosas emociones. Cuando traspuso el umbral de su aposento, había envejecido. Toda su joven vida ardiente, toda la energía de su alma llena de ambición desenfundada y de fuerza pasional, quedó como extenuada, y sin resortes. ¡Ah! cuánto mayor habría sido entonces su desesperación, si como ocurrió más tarde, hubiera sabido que Gestas no era su padre, y que,

por consiguiente, tenía un fundamento falso toda su obra de venganza. Pero ese error era quizá providencial para que el asesinato legal de Jesús de Nazaret fuera castigado en los jueces que injustamente lo sentenciaron. Cuando algunos años más tarde murió Agripa, y Ben-Gioras vió en su cadáver la hoja de trébol, reconoció que era su hermano, y con otras noticias que obtuvo, supo que el padre de ambos había sido Aristóbulo, hijo de Herodes Antipas. El terrible aventurero desapareció entonces de Jerusalem y su figura se eclipsó durante un largo periodo. Solamente muchos años más tarde, durante el sitio de la ciudad santa, reaparece en el panorama de la historia. El cronista judío Flavio Josefo, lo presenta como un patriota y un gran caudillo militar. Al frente de 40.000 bandidos, se apoderó de Jerusalem, para librarla de la conquista de Tito y de Vespasiano; pero fué vencido por esos generales, quienes lo llevaron atado a su carro cuando regresaron triunfalmente a Roma. Luego, Ben-Gioras fué extrangulado en la Cárcel Mamertina.

CAPITULO XLVI

Pocos días después en la hora fresca y jubilosa de la mañana, una multitud extraordinaria le daba inusitada animación al puerto de Cesarea a pocas millas de Jerusalem. Gentes de toda edad, con caras ardientes y aspecto de fiesta iban y venían, charlaban, sonreían, cargaban fardos, compraban sardinas, cantaban y a veces alzaban los ojos inundados de lágrimas. Eran cristianos a quienes Saulo había invitado a compartir con él la gloria del apostolado y del martirio. Por eso, gran cantidad de neófitos y convertidos iban a acompañarlo, ansiosos de morir por Cristo. Excitados por ese afán corrían hacia el muelle, dejando flotar al viento sus turbantes amarillos, que fulguraban al sol. Otros, vueltos hacia las lejanas colinas de Jerusalem, se despedían para siempre de los ubérrimos campos cuajados de olivos, higueras y viñedos, de los cerros amarillentos y de las grises murallas rodeadas de sepulcros. Aquel ambiente de júbilo y las exclamaciones de alborozo, excitaban a Hioroteo, que había concurrido al acto y comenzaba a sentir la nostalgia de los expansivos viajes apostólicos. El había ido solamente a despedirse de los expedicionarios, porque su próximo matrimonio con Aídee — ya resuelto y preparado — no le permitía viajar. Pedro había prohibido que buscaran el martirio los cónyuges jóvenes a fin de que nacieran nuevos cristianos. Por eso Hioroteo había convenido en quedarse en Jerusalem con Ai-

dee, donde pensaba fundar su hogar; pero ahora, ante el entusiasmo de los expedicionarios, se sentía contagiado por el deseo de viajar con el apóstol. Empero, no sentía remordimientos de quedarse disfrutando con su futura esposa, de una felicidad que Saulo había bendecido y que no le impedía conquistar el cielo. Mientras se hacía esas reflexiones, encontró a Aídee, que lo saludó con semblante triste. Jamás él la había encontrado tan bella. En un ímpetu de pasión, tomó la flor de su mano y quedaron contemplando la alegre agitación del puerto, temiendo hablar para no confesarse el mismo pensamiento que embargaba sus almas. Entre tanto el jefe de los navíos mercantes descargaba los dromedarios de sus fardos de perfumes de Jericó, de pimienta de Geraza o de miel de Monte Carmelo, que deban ser transportados a Roma.

—Veo que estás triste — se atrevió a decir Hioroteo.

—Sí; ¿a qué negarlo? — contestó Aídee.

—Ya sé lo que tienes. Estás pesarosa porque no vas tú también al apostolado y al martirio.

Ella guardó un silencio, que fué interpretado como un signo de asentimiento.

—Yo también estoy triste — murmuró Hioroteo. — ¿Y sabes por qué?

—No adivino.

—Estoy triste por la vulgaridad de mi destino en la vida.

Aídee lo interrogó con una mirada.

—Sí — agregó el filósofo. — Cristo me ha dado todo: riqueza, talento, salud, juventud, belleza, y para colmo de dicha, la verdadera fe...

—A mí también — interrumpió la joven.

—Así es. Y bien; nosotros, ¿qué hacemos por Cristo, que tanto nos ha dado? Nos quedamos a gozar tranquilos, mientras los demás cristianos, menos favorecidos de Dios que nosotros, van a sufrir privaciones y martirios. ¿No te parece que nuestra felicidad es egoísta y vulgar?

—Egoísta, vulgar y además efímera; porque esta vida es breve y pronto pasa. Tal vez esa felicidad nos impida trabajar por Cristo. Pedro quiere que los presbíteros y las diaconisas permanezcan solteros, para que sean más celosos y desinteresados en su proselitismo cristiano. No me negarás que tiene razón.

—¡Ah! ¿tú también piensas en eso?

—Hace tiempo siento escrúpulos de que tú, por casarte conmigo, le niegues al cristianismo tus talentos y tus cualidades. Tenemos tan pocos sabios, según el mundo. Tú taparías la boca a los que nos llaman una secta de pescadores ignorantes. Tú, que

eres del Arcópago y que sabes tanto, les preferirías tan bien a los gentiles...

—De modo que no sentirías si yo...

—¿Sentirlo?—preguntó Aídee envolviendo al joven en los efluvios de una afectuosa mirada. — Sí; lo sentiría. ¿Cómo impedirlo? Bien sabes que te amo; pero conozco que si te amara más no lo sentiría.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el verdadero amor quiere el mayor bien del objeto amado, aunque sacrifique su felicidad. Y tu mayor bien es adquirir méritos para el cielo y quedar libre de todo vínculo terreno para dar tu talento a la Iglesia.

—No digas más. — exclamó el filósofo con los ojos brillantes de emoción. — Ya te comprendo, noble Aídee. Tú serás capaz de ese sacrificio, sólo tú serías capaz de amarme con ese sublime amor de los santos, tú renunciarías a nuestro enlace.

—Sí; por Cristo lo haría; iríamos ahora con Saulo y Pedro; tú serías sacerdote y yo diaconisa; y nos amariamos separados y siempre puros, con el amor sublime de las almas del cielo.

¡Oh, Aídee, sublime Aídee! ¡gracias por tu grandeza de alma! Tú me das alientos para ser generoso. Renunciemos, pues, a nuestro proyectado hogar. Yo no te quitaré a Cristo. No mancharé la albura de tu alma. Sigue siendo como hasta ahora, el gran li-

rio puro, que creció a la casta sombra del Profeta. Te amo ahora más que nunca.

Tal fué el epilogo de aquel amor puro, espiritual y sereno, tan distinto de la morbosa pasión de Cipro, y del enamoramiento febril y brusco de Ben-Gioras por Elisabeth. La simpatía del filósofo sólo inspirada por el gusto estético que le producía la púdica belleza de la cristiana y la gracia de su inteligencia, se había ido idealizando, hasta emanciparse del vago estímulo sexual, para convertirse en un limpio y hondo afecto fraternal. Así pudo Hieroteo entrar al sacerdocio con el recogimiento y el desinterés de un apóstol. Su predicación fué tal que lo llamaron el divino, y las ciudades se despoblaron por el afán que tenían los cristianos de escucharlo. Los discípulos afluyeron en torno de su cátedra y uno de ellos, Dionisio, el Arcopagita, con ser tan sabio, no se atrevía a hablar delante de él, contenido por el respeto.

Dos horas después de celebrar el filósofo y Aídee su breve diálogo, ellos dos, junto con Diomedes, Saulo, Eutiques, Rubrio, Pedro y una multitud de cristianos, se alejaban en la barca con rumbo a Grecia, ansiosos de apostolado y martirio, cantando salmos de júbilo hasta perderse en las azules lontananzas del mar.

FIN

Luis Barrantes Molina

LOS OBERLE

o «EL ULTIMO SACRIFICIO» — Por René Bazin

El viernes próximo comenzaremos la publicación de esta hermosa novela. El éxito más ruidoso coronó su aparición en Francia, donde pasan de doscientas las ediciones que se han hecho. Nunca se escribió con tanta emoción y delicadeza la historia de una familia, separada por odios y rencores heredados. José Oberlé, rico industrial alsaciano, llevado por sus ambiciones, había acatado el nuevo orden de cosas, en una forma que medraba el viejo honor de la familia; pero el íntimo afecto a la antigua causa se había revelado en su hijo Juan, espíritu altivo y corazón fuerte. Estas dos tendencias, con todas sus intrigas, sus luchas y sus sacrificios, las describe maravillosamente René Bazin; evoca cuadros patéticos de la bella Alsacia, los campos, los montes, las aldeas y las costumbres. El estilo galano y suave, propio de la prosa francesa, da más relieve a la obra, haciendo de ella una obra de arte.

Las demás partes aparecerán los días 22, 24, 25 y 27 de Abril.

